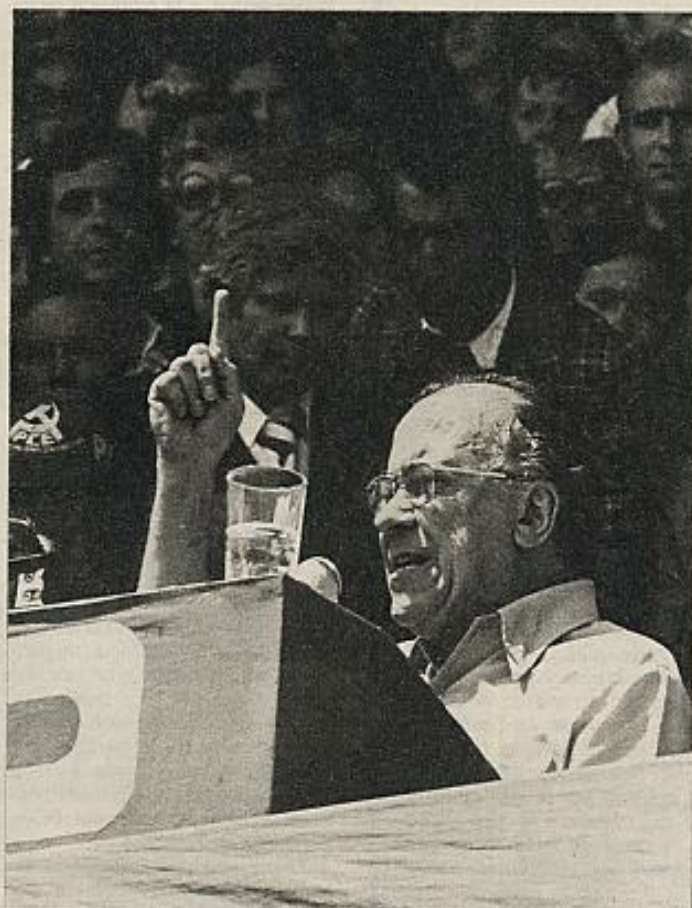


"Somos un partido responsable"

FERNANDO LARA

EN Valladolid, en Gijón, en Alicante, en Valencia, ahora en Madrid, es asombroso cómo los mítines del Partido Comunista están abarrotando las plazas de toros, los campos de fútbol o los polideportivos, quedándose fuera de ellos millares de personas a las que resulta imposible entrar... El Partido Comunista está consiguiendo ahora más audiencia que todos los partidos de la izquierda juntos durante el Frente Popular de 1936... Hace unas semanas, yo daba por bueno un 10 por 100 para las elecciones de junio; ahora, después de haber visto este apoyo y este entusiasmo, creo que vamos a ir más arriba en los porcentajes... Pero lo que más me impresiona es que parece que estamos legalizados hace muchísimo tiempo, tal es la coherencia, la responsabilidad, que la gente está demostrando en estos actos... Por ejemplo, he notado que cuando más se me ha aplaudido en todos ellos es cuando me refiero precisamente a que el PCE es un partido responsable, que no se va a embarcar en aventuras extremistas, que tenemos que saber con inteligencia cómo defender mejor en cada momento a la clase trabajadora. Y, sobre todo, cuando afirmo que en lo que de nosotros dependa, no volverá a haber jamás una guerra civil en España, y que el color de una bandera no merece que nos arriesguemos a esa guerra... Con voz completamente ronca, apenas audible, resultado del esfuerzo oratorio de estos últimos días, Santiago Carrillo nos hablaba así a un pequeño grupo de periodistas tras el mitin celebrado el domingo 8 en el campo de fútbol Las Margaritas, de Getafe (Madrid), ante una audiencia que superaba las treinta mil personas. A su lado, Cristina Almeida, Simón Sánchez Montero, Marcelino Camacho, Ramón Tamames, Víctor Díaz Cardiel —los restantes oradores del acto—, calmaban su calor y su sed como podían en el vestuario habitualmente dedicado al reposo y masaje de los futbolistas. Eran las dos del mediodía y el sol brillaba cada vez con más fuerza.

Cuatro horas antes, la caravana de coches que —muchos de ellos con banderas rojas— avanzaba hacia Getafe por la carretera de Toledo, formaba ya un tapón gigantesco desde la glorieta Elíptica, más de quince kilómetros antes



Santiago Carrillo: "Nuestra política es marchar paso a paso con inteligencia".

del pueblecito madrileño, hoy plenamente integrado, y agigantado, en el cinturón industrial de la capital. El embotellamiento influiría en el comienzo del mitin, retrasado media hora por la imposibilidad de que parte de sus oradores llegasen a tiempo, y que empezaría aún en la tribuna. Desde las diez y media, un público entusiasta, donde se mezclaban jóvenes y veteranos, mujeres y hombres, obreros de Getafe con miembros de otras profesiones y zonas llegados para asistir al acto del PCE (el primero al que, en Madrid, asistía Carrillo), llenaban completamente los graderíos de Las Margaritas. Previstos para 15.000 personas sentadas, todo el mundo se puso de pie para que cupieran el máxi-

mo de camaradas y simpatizantes posible; asimismo, se ocupó la banda de tierra comprendida entre el final de los graderíos y el césped del terreno de juego. Este no se podía pisar, ya que una de las condiciones de sus propietarios había sido lógicamente ésta, y cubrirlo costaba —según dijo Díaz Cardiel— "unos siete u ocho millones de pesetas". Por ello, dada la separación entre uno y otro graderío, el ambiente resultaba menos cálido, menos envolvente que el de la tarde anterior en la plaza de toros de Carabanchel, donde el PCE organizara otro mitin (con los mismos oradores, salvo la inclusión de Carrillo y la sustitución de Dulcinea Bellido por Cristina Almeida en el de Getafe) que alcanzó idéntico éxito popular, con asis-

tencia aproximada de 25.000 personas. De cualquier forma y pese a esta menor adecuación del recinto, el acto de Getafe resultó una verdadera fiesta comunista, de participación solidaria, en las que sobresalía el cromatismo de los centenares de banderas y pancartas desplegadas, varias de ellas pertenecientes a nacionalidades, regiones y partidos políticos que se quisieron sumar al encuentro de los militantes y simpatizantes del PCE.

Realmente, cuando el entusiasmo de los asistentes llegó a su punto álgido fue al llegar por fin —sonriente, abrazado por todo el mundo, emocionado— Santiago Carrillo. Para la mayor parte de quienes le aplaudían y coreaban su nombre, era la primera vez que veían en persona a uno de los mitos más considerables de nuestra Historia contemporánea. Significaba aquella dificultosa bajada por las escaleras de la tribuna presidencial el encuentro entre dos realidades coincidentes, pero que se habían visto alejadas físicamente por la represión dictatorial: la realidad de unos militantes trabajando en peligro y silencio durante muchos años; y la realidad del hombre que, siendo su secretario general, se veía imposibilitado de tener contacto humano con ellos. Era, a escala madrileña, la apertura de un paréntesis más en la trayectoria del pueblo español lo que, a las doce menos cuarto de un mediodía de mayo, surgía entre aclamaciones y ondear de banderas.

Algo más de una hora tardó Carrillo en hablar, a la espera de que le tocara su "turno" final en la ronda de oradores, pero rompamos la continuidad cronológica para ver cuál fue el contenido de su discurso, interrumpido por sus "fans" una y otra vez, y en el que Carrillo perdió la poca voz que le quedaba tras su "tournee". Pero no perdió la palabra, y eso es lo que importa:

"Estamos aquí los aplastados durante cuarenta años de tiranía", fue su primera afirmación, inmediatamente seguida por la de que "la legalidad no nos la ha regalado nadie, sino que la hemos conquistado; sólo la debemos a nuestro pueblo y a nuestra lucha, sin que hayamos contraído ningún compromiso para adquirirla". El tema de Alianza Popular —"Impopular" la llamó siempre Carrillo—

La Capilla siXtina

EL DESPEGUE

El presidente Suárez se despidió del franquismo el otro día. El muchacho habla preparado las maletas sin prisas, pero sin pausas, paulatinamente iba marginando el recuerdo de Franco en sus discursos, primero una referencia directa, emocionada, después Franco se convirtió en una sombra referencial y en el último discurso estaba enterrado y bien enterrado. El mérito de los cuarenta años de reconstrucción ya no era atribuido al Ausente, sino al pueblo que vivió para contarlo y escucharlo. El discurso de Suárez podía haberse escuchado en España el 16 de julio de 1936 en el mejor de los casos. El 2 de abril de 1939, en el peor. Si se hubiera pronunciado en la primera fecha estaríamos limpios de muerte. Si lo hubiera sido en la segunda nos hubiéramos librado de la crueldad como madrastra civil de todas las mañanas.

Cuesta arrinconar la pregunta:

—Cuando los rojos saltaban por las ventanas y aullaban de dolor en los sótanos de la tortura o perdían toda una juventud en la cárcel, ¿ya era usted demócrata, señor Suárez?

Pero hacerle esta pregunta a Suárez sería hoy, a estas horas, una injusticia. Suárez, en aquellas fechas, era un aprendiz de brujo. Los brujos eran otros, precisamente otros que para disfrazarse de demócratas no sólo necesitan cambiar de camisa, sino también cambiar de piel. Suárez se ha despegado definitivamente de aquellos brujos y pasa a encabezar un centro más o menos limpio de historia en el que el colaboracionismo con la crueldad y la muerte está mínimamente representado. Más que valor moral, la cosa tiene un inmenso valor político progresivo. Suárez no tiene nada, pero es que nada de altruista. Si apuesta por lo que apuesta es porque los calculadores y las calculadoras le han dicho que el "franquismo sociológico", es decir, la base social que votaría "franquista", no va a ganar las elecciones, sobre todo si los gobiernos civiles en las provincias y los alcaldes en los municipios son controladores controlados de un posible pucherazo.

El compromiso electoral de Suárez ha sido bien recibido por la oposición democrática tradicional, con la excepción de la democracia cristiana gilroblina y de la izquierda no legalizada. La primera se comporta así porque ha hecho sus propias cuentas electorales y prefiere pactar con Suárez a fines de junio, después de las elecciones, con las cuentas separadas. Con la segunda el Gobierno ha cometido un grave error no legalizándola. Queda la posible explicación de que no legalizando a lo que queda a la izquierda del PC se desmoraliza aparte de la base del PC y se le quitan posibles votos "izquierdistas". A ver si es así o si una vez más nos encontraremos ante el enigma de la batalla de las Termópilas. ¿Qué hubiera ocurrido si Leónidas en vez de decir lo de "Caminante, díles que morimos por sus leyes", se hubiera puesto a correr como un loco y hubiera salvado la piel? Enigma eterno.

Ahora bien. Los que de verdad han cogido una perra han sido los franquistas. Fraga queda convertido en la cabeza visible del revanchismo de los brujos y en un armador de espíritu de contienda civil latente. Esa amenaza va a pesar sobre la conciencia del elector y en el momento de depositar el voto recordará la imagen protegible y protectora de Suárez como un auténtico gulo por los infiernos de la decisión. ■

SIXTO CAMARA

'Somos un partido responsable'

ocuparía buena parte de su intervención, diciendo que "promete el oro y el moro", pero esa promesa no es realidad más que "el timo del sobre: no hay nada detrás de lo que ellos ofrecen. O, mejor, sí lo hay: la vuelta atrás al franquismo, lo que significa el retorno a las cárceles, a las torturas, a los fusilamientos, a la represión generalizada". El grito habitual de "Fraga, el pueblo no te traga" subrayaría inmediatamente este párrafo.

Bastantes minutos de los empleados por el secretario general del PCE estuvieron dedicados "a los que dicen que somos derechistas y moderados". Recordó primero Carrillo que de eso mismo se le acusó a José Díaz por quienes mantenían que "había que hacer la revolución antes que ganar la guerra". El resultado fue que "perdimos la guerra y la contrarrevolución más negra se abatió sobre el pueblo español durante cuarenta años". Y a los que "ahora dicen que hemos abandonado las ideas republicanas, les decimos que el dilema hoy no es Monarquía o República, sino dictadura fascista o libertad". Una libertad —recordó Carrillo— que "todavía no hemos conquistado", como se deduce de la no legalización de todos los partidos, de la inexistencia de una verdadera amnistía total, de las prohibiciones del 1 de mayo y de Montejurra... Y hay sectores que esperan cortar por la fuerza el proceso democrático, que buscan

—como sucedió en la semana posterior a la legalización del PCE— que surja un Pinochet". Empleando una vez más la argumentación de su informe al Comité Central, Carrillo abordó el "tema de la bandera": "¿Ibamos a levantar la bandera de la guerra civil por una cuestión de colores?". Un enorme "¡Nooo!" surgió del estadio de Las Margaritas: "La bandera del Estado que nos ha reconocido ya no es una bandera enemiga y la acataremos", porque "la guerra civil no la hicimos por un color de más o de menos, sino por conseguir la reforma agraria, para que los trabajadores ocuparan en la sociedad el lugar que les correspondía, para defender la libertad y la democracia". "Y puedo asegurarnos —sentenció, siendo acogida su frase de la forma que el mismo Carrillo señalaba después en los vestuarios— que en lo que de nosotros dependa, no volverá a haber en España nunca una guerra civil"... Apoyado por el grito de "¡El pueblo unido jamás será vencido!", el secretario del PCE lo continuaría: "Sí, el pueblo unido no será vencido si no imita a Don Quijote embistiendo con lanzas de madera los molinos de viento..."

"Nos pueden llamar moderados o conservadores, pero lo cierto —recordó Carrillo— es que ya hace veinte años dijimos que el camino era la reconciliación nacional, y ahora estamos viendo sus frutos; también tendimos la mano a católicos y cristianos, y nos dijeron de todo, pero hoy, muchos de ellos están codo a codo con nosotros y ya la Iglesia española no podrá preconizar una 'cruzada' contra la democracia". En este terreno surgió un nuevo punto, el "imprescindible acercamiento entre el pueblo y el Ejército: Es necesaria una política de acercamiento entre ambos para que los fascistas no intenten monopolizar al Ejército, como antes hacían con la religión y con la bandera". Los comunistas se comprometen a propiciar al máximo este acercamiento, y "a ser los primeros en ponerse al lado del Ejército si un enemigo intenta invadir el territorio de nuestro país".

A la hora de definir al PCE, Carrillo fue rotundo: "Somos revolucionarios marxistas, somos el partido de los trabajadores, a los que tenemos que defender con coraje, con valor y con inteligencia". Poniendo un especial énfasis en esta última palabra, pasó a decir que "nuestra política es marchar paso a paso con inteligencia", aunque "de volver la dictadura, el PCE continuaría en sus puestos de combate", porque "seguimos siendo los mismos comunistas de siempre y no hemos renunciado a nada".

Llegaba el momento de la cuestión electoral: "Yo aconsejaría a todo español que vote con arreglo a su pensamiento, que sea sincero, pero que no venda su voto, que no lo sacrifique al miedo y a la cobardía". Lo que se traduce en "no votar a esa colección de figuras de museo de cera que nos presenta Alianza Impopular". Sin solicitar estrictamente el voto para el Partido Comunista, Carrillo sí pidió que se votara "a la democracia", dada la importancia que van a tener las Cortes en su papel constituyente. "Entre los veintitantos millones de electores que hay en nuestro país, habrá bastantes votos para repartir entre las fuerzas democráticas", calculó Carrillo antes de asegurar que "no buscaremos un solo voto atacando o denigrando a otros partidos democráticos", y que las candidaturas del PCE "están compuestas por aquellos que dicen lo que piensan y hacen lo que dicen", por lo que "los trabajadores pueden tener la seguridad de que, de resultar elegidos, nuestros candidatos no faltarán a la palabra que han empeñado".

Con este tono ya abiertamente electoralista, finalizó el discurso de Santiago Carrillo en el mitin de Getafe entre el entusiasmo de sus partidarios, que no se perdieron ni una coma de la media hora larga de disertación y que esperaron a Carrillo y demás oradores a la salida del estadio para estrechar su mano, como si en otro domingo cualquiera se tratase del genial goleador que condujera al Getafe Club de Fútbol hasta la soñada



Un público de jóvenes y veteranos, obreros del propio Getafe y de otras zonas de Madrid, profesionales y estudiantes, bajo un sol que brillaba con fuerza.

Primera División... El mitin terminaba en el más absoluto orden, y la caravana se dirigía ahora hacia el centro de Madrid.

Pero, pese al inevitable protagonismo de la presencia y discurso de Carrillo, sería injusto no mencionar brevemente el contenido de alguna de las intervenciones que le precedieron. Intervenciones que, bajo la afirmación de Simón Sánchez Montero de que "el sol de la libertad empieza a brillar en España", fueron encabezadas por un poema ("Hay que tomar partido") de Blas de Otero, recitado por el propio escritor. Y que recogieron las palabras de Marcelino Camacho en torno a que "por primera vez en la historia de los fascismos, nosotros vamos a salir de él por la presión de las masas"; a que "la política del PCE siempre fue la de tratar de unir a los trabajadores en la libertad", como lo demuestra la creación de Comisiones Obreras, y a que éstas nunca deben convertirse en "correa de transmisión del partido", sino mantener una autonomía que les permita luchar por esa unidad a través, fundamentalmente, de las asambleas como centro impulsor de las reivindicaciones de los trabajadores. Por su parte, Víctor Díaz Cardiel (secretario de la organización de Madrid) enumeró algunos de los problemas que el cinturón industrial madrileño —Getafe, concretamente— tiene planteados de manera urgente, insistiendo en la necesidad de una gestión municipal democrática para que

dicha problemática fuese resuelta. Para ello, el primer paso es votar en las elecciones, porque "también en las Cortes se puede hacer un trabajo revolucionario". Ampliando un poco la perspectiva, Ramón Tamames analizó, asimismo, los temas madrileños, tras enumerar brevemente la política económica del partido, centro de su intervención en el mitin de Vista Alegre del día anterior y objeto de un brillante análisis que convirtieron sus palabras en las más destacadas de la tarde carabanchelera. Ya en Getafe, Tamames definió el Madrid de 1977 como "una cantera de plusvalía de los trabajadores, de acumulación capitalista, siempre al servicio de los intereses de la oligarquía", exigió la legalización de todas las Asociaciones de Vecinos y de su Federación, así como la conversión de la Diputación en el "Gobierno democrático de la provincia de Madrid", insistiendo en la necesidad de un Ayuntamiento elegido tanto a nivel de concejales como de alcalde. Cristina Almeida sería, previamente, la encargada de definir la postura del PCE a favor de las reivindicaciones femeninas, indisolubles de otras más globales, pero con peso propio.

A la salida del mitin de Getafe, muy cerca de donde cayera acribillado hace años Pedro Patiño, un vendedor voceaba: "¡Bocarrillos! ¡Ricos bocarrillos comunistas!". Era todo un resumen de la mañana... **Fotos: RAMON RODRIGUEZ.**

LoS
CoNteM
poRa
ñEoS

POBRE SR. SUAREZ

DIJO don Adolfo Suárez en la televisión: "Soy democrata, y sinceramente democrata". ¡Cómo ha debido sufrir este hombre durante todos los años pasados sirviendo a la antidemocracia! Un calvario, su vida ha debido ser un calvario. Sobre todo cuando era ministro del Movimiento, una institución y una ideología creadas para destruir la democracia. O cuando dirigía la televisión y evitaba que salieran a la pantalla sus compañeros de ideología democrata, por los que sin duda sentía una solidaridad íntima que le era imposible manifestar en público. Muchos demócratas han sufrido en la época del franquismo; quizá ninguno tanto como el señor Suárez, en razón de los cargos que sin duda se ha visto obligado a desempeñar. Tiene que escuchar ahora al señor Fraga acusarle de ingratitud hacia la España "en la que él y toda su generación tuvieron posibilidades nunca antes dadas y de las que él, por cierto, hizo uso amplísimo". Sin embargo, el señor Fraga debería comprenderle, porque también él se proclama democrata, y también ha debido sufrir mucho. ¡Víctimas de la dictadura, obligados como tantos otros a adoptar una imagen pública que no les correspondía! Otros tuvieron la suerte de ser fusilados, encarcelados o exilados por defender la democracia: se les evitó la amargura de la doble personalidad.

¡Pobre señor Suárez! Sus amarguras no han terminado. Sinceramente democrata como lo es, debe estar sufriendo de esta doble acepción de candidato por la democracia y al mismo tiempo de presidente del Consejo. ¡Cómo sufrirá el candidato Suárez cuando se haya enterado de que la televisión del Estado ha prohibido las declaraciones del señor Múgica contra él! ¡Cómo debe estar de desesperado al ver que no se legaliza una larga serie de partidos políticos que deberían estar presentes en un libre juego democrático! Sin duda le habrá sido profundamente amarga la prohibición del 1 de mayo sindical, y las continuas órdenes gubernamentales para que las brigadas antidisturbios impidan la busca que otros hacen de sus libertades.

Ya pretende el candidato Suárez que el presidente Suárez sea neutral con él. Ya le debe estar amargando haber tenido más de media hora la televisión a su servicio, cuando los otros candidatos no la tienen. ¡Cómo querría que los otros políticos pudiesen retratarse con el presidente Carter! Acude a las elecciones "sin privilegio alguno de organización, sin apoyo de los órganos de Gobierno y, por supuesto, sin ningún apoyo de la Corona, que está por encima de las opciones y contiendas". Esto es lo que proclama. Hay que temer mucho que no lo vaya a conseguir, y que sufra una frustración más.

Como las que han debido hacer las etapas de su vida entera. De frustración en frustración, ha llegado a ser presidente del Consejo de Ministros, aunque hábilmente haya evitado ser ministro. "On ne peut vaincre sa destinée", decía Racine en "Fedra". El "fatum", el "deus ex machina", ha llevado a este sincero democrata a algunas de las situaciones más antidemocráticas que se han conocido en España, y le han convertido en su protagonista. Castigo de dioses. "Cuando los dioses quieren castigar a uno, le hacen individuo", escribía Ibsen. Quizá ahora le llegue la gran ocasión de su vida. Sin privilegios, sin apoyos, sin nada, a cuerpo limpio, va a las elecciones como un democrata sincero más. Obligado, sin embargo, a no abandonar su cargo: no puede ni siquiera dimitir porque "eso supondría entrar en una crisis política que pienso no le conviene al país en estos momentos".

¡Pobre señor Suárez! ■

POZUELO